El aprendizaje en Preescolar. Un desafío para la práctica docente.

Jardín de niños
“Feliciano Canul Reyes”
Nivel: preescolar

Carmelina Burgos Arjona

Introducción

El trabajo colaborativo en la enseñanza y el aprendizaje en el nivel preescolar es fundamental para el desarrollo integral de los niños, pero también presenta una serie de desafíos debido a las características propias de esta etapa educativa. En la presente narrativa, identifico y describo algunos de estos desafíos, así como las maneras en las que podemos contribuir a superarlos.

Desarrollo

Siempre he creído que la colaboración es importante para lograr objetivos, lo seres humanos por naturaleza somos seres sociales y dependemos los unos de los otros, especialmente en el ámbito de la enseñanza y el aprendizaje. Para que los alumnos puedan desarrollar sus aprendizajes de manera óptima se necesita una buena coordinación, organización, planeación y dirección por parte de todos los agentes educativos (Directivo, docentes frente a grupo, docentes de educación física y música, psicóloga, terapeuta de lenguaje, administrativos), así como el involucramiento, participación e interés de toda la comunidad educativa (alumnos, padres de familia, comunidad).

Sin embargo, a lo largo de mi experiencia como educadora, me he enfrentado a desafíos que me han hecho cuestionar si realmente somos capaces de colaborar de manera efectiva con los demás para poder llegar a un mismo propósito. Convivimos con diversas personalidades, temperamentos, características, habilidades y enfoques de lo que debería ser el proceso de enseñanza-aprendizaje; lo que hace de la colaboración algo mucho más complejo.

Uno de los principales desafíos que he encontrado es la diversidad de estilos de aprendizaje. En un grupo de estudiantes, algunos prefieren trabajar de manera independiente, mientras que otros son más colaborativos por naturaleza. Esto puede generar tensiones, especialmente cuando los que prefieren trabajar solos sienten que su ritmo y enfoque se ven alterados por la necesidad de coordinarse con los demás. La clave, creo, es encontrar un equilibrio, un espacio donde cada estudiante pueda aportar, pero también aprender a ceder y adaptarse. No es fácil, pero se puede lograr si, como docente, fomentamos una cultura de respeto, sana convivencia y entendimiento mutuo.

En el preescolar, los niños tienen una amplia gama de habilidades, intereses y estilos de aprendizaje. Algunos pueden ser más visuales, otros auditivos, mientras que otros aprenden mejor a través del juego o la experimentación directa. La variedad en las formas de aprender de los niños puede dificultar la creación de actividades que todos puedan disfrutar y aprovechar al máximo. Además, algunos niños pueden tener necesidades educativas especiales o dificultades para adaptarse a un entorno grupal.

A esa edad, muchos niños aún están desarrollando habilidades clave como la comunicación, la resolución de conflictos, la empatía y la colaboración con los demás. El trabajo en equipo es un desafío en sí mismo, ya que los niños pueden tener dificultades para compartir, escuchar o cooperar con sus compañeros. Los niños en edad preescolar están en un proceso de socialización, por lo que es común que no comprendan completamente los beneficios del trabajo colaborativo o que prefieran realizar las actividades por su cuenta.

Es fundamental enseñar y modelar habilidades sociales desde el principio. Debemos de intervenir para guiar a los niños en el proceso de compartir, esperar su turno y resolver pequeños conflictos. Las actividades que requieran cooperación, como juegos en grupo o proyectos conjuntos, son oportunidades para que los niños practiquen estas habilidades. Además, reconocer y reforzar positivamente los comportamientos colaborativos fomenta un ambiente de trabajo conjunto.

Otro desafío ha sido la falta de comunicación con los padres de familia, el interés que le dan a la educación preescolar de sus hijos, el tiempo que les no dedican en casa para reforzar lo aprendido en la escuela, la irresponsabilidad de no cumplir con lo que se le solicita para que el alumno trabaje en el salón o simplemente atender sus necesidades básicas. En un entorno de colaboración, cada miembro debe de estar involucrado, sentirse parte de la comunidad educativa, expresar sus ideas, escuchar activamente a los demás, identificar situaciones que requieran solución y llegar a acuerdos que beneficien al grupo. Sin embargo, no todos los padres de familia o tutores están igualmente preparados o involucrados para gestionar estos procesos y por el nivel educativo en el que laboramos necesitamos e incluso dependemos de lo ellos estén dispuestos a ofrecer en pro de la educación de sus hijos.

La falta de tiempo, desconocimiento o compromiso por parte de los padres puede generar una desconexión entre lo que se enseña en la escuela y lo que se refuerza en casa. Esto puede afectar negativamente el progreso de los niños en el desarrollo de sus aprendizajes. Es importante establecer canales de comunicación claros y constantes con las familias, brindando información accesible sobre el progreso de sus hijos y cómo pueden apoyar en casa. Se pueden organizar reuniones periódicas, talleres o actividades para padres que les ayuden a comprender el valor de su involucramiento en el proceso educativo. Además, compartir estrategias y recursos para reforzar el aprendizaje en casa contribuye a la colaboración familiar.

Los padres deben sentir que pueden hablar libremente sobre sus inquietudes y desafíos. El desarrollo de una relación de confianza permite que se abran y compartan cualquier dificultad que puedan tener para cumplir con las tareas que se les solicitan. Se debe promover un enfoque de corresponsabilidad en la que tanto los maestros como los padres se vean como aliados en el proceso educativo. La corresponsabilidad implica que ambos actores, escuela y familia, asuman su parte en el proceso de aprendizaje. Definir con ellos expectativas claras, ser explícitos sobre lo que se espera de tanto en ellos, como en los alumnos. Esto establece un marco de colaboración más claro y justo.

Conclusión

Con el tiempo, he comprendido que los desafíos del trabajo colaborativo no son barreras, sino oportunidades para crecer. Como educadores, debemos ser conscientes de que las dificultades son parte del proceso. Las frustraciones, los desacuerdos y los malentendidos son, en última instancia, lecciones valiosas sobre cómo trabajar con otros de manera efectiva en la vida real. En mi experiencia, lo más importante es cultivar un ambiente de confianza, en el que todos se sientan seguros para compartir sus ideas sin temor a ser juzgados, y también aprender a escuchar con empatía.

En términos de mi propio papel en la colaboración, he tenido que aprender a ceder el control de los procesos de aprendizaje en el aula. Ya que un entorno colaborativo, también los estudiantes no solo deben aprender unos de otros, sino que pueden

aportar ideas frescas e o propuestas innovadoras que yo probablemente no había considerado. Mi rol, más que el de un simple transmisor de conocimiento, ha pasado a ser el de facilitador, acompañando a los estudiantes mientras ellos desarrollan sus habilidades de trabajo en equipo y resolución de problemas. Esto requiere humildad, paciencia y mucha reflexión de mi, porque muchas veces mis expectativas son muy diferentes y tiendo a querer ejercer nuevamente el control sobre el proceso de aprendizaje o sus resultados.

He aprendido que la verdadera contribución a la enseñanza y el aprendizaje colaborativo no solo proviene de mi rol como guía, sino también de mi capacidad para inspirar a los estudiantes, padres de familia o compañeros de trabajo a que se conviertan en colaboradores conscientes y activos. Mi misión como docente es brindarles a mis alumnos las herramientas necesarias para que puedan hacerse cargo de sus propios procesos, superar los obstáculos que se presenten y, lo más importante, comprender que la colaboración, aunque es desafiante, es la clave para enriquecer sus aprendizajes.